



LA ESENCIA DEL NIÑO

Francis Carolina González Pérez



PUBLICACIÓN FINANCIADA Y EDITADA POR:
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO DE BARQUISIMETO "LUIS BELTRÁN
PRIETO FIGUEROA"
DIRECCIÓN DEL INSTITUTO
UNIDAD DE PUBLICACIONES

LA ESENCIA DEL NIÑO

Francis Carolina González Pérez





**PUBLICACIÓN FINANCIADA Y EDITADA POR
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL
LIBERTADOR INSTITUTO PEDAGÓGICO DE
BARQUISIMETO**

**“LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA”
DIRECCIÓN DEL INSTITUTO
UNIDAD DE PUBLICACIONES**

Barquisimeto, estado Lara. Venezuela
Primera Edición digitalizada
DEPOSITO LEGAL No.: LA2021000090
ISBN: 978-980-7464-30-7
DOI: <http://doi.org/10.46498/upelipb.lib.0007>
©Unidad de Publicaciones UPEL; IPB
© FEDUPEL, Fondo Editorial UPEL
Barquisimeto, 2021

LA ESENCIA DEL NIÑO

© Francis González

CRÉDITOS

Diseño y Diagramación: Dra. Elba Ávila UPEL- IPB, Venezuela
Revisión: Dra. Ana Hilda Castellón, Dra. Mercedes Valentina Salazar. Dra.,
Jely Pérez Rodríguez
Apoyo Técnico: Lic. Ana Gabriela Colmenares, UPE- IPB, Venezuela

Este libro está indexado en la Red Iberoamericana de Innovación y
Conocimiento Científico REDIB



ISBN: 978-980-7464-30-7



9 789807 464307

AUTORIDADES DE LA UPEL

Dr. Raúl López Sayago

Rector

Dra. Doris Pérez Barriento

Vicerrectora de Docencia

Dra. María Teresa Centeno

Vicerrectora de Extensión

Dra. Moraima Estévez

Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Dra. Nilva Liuval de Tovar

Secretaria

AUTORIDADES DE LA UPEL-IPB

Dr. Nelson Silva

Director Decano

Dra. Marianela Méndez Cubillán

Subdirectora de Docencia (E)

Dr. Oscar Chapman

Subdirector de Extensión

Dra. Mercedes Moraima Campos

Subdirectora de Investigación y Postgrado

Dra. Norelvis Saturnini

Secretaria (E)

Dra. María Lourdes Piñero Martín

Coordinadora de la Unidad de

Publicaciones UPEL-IPB

Dedicatoria

Al Niño Dios, que alegra nuestra vida y bendice nuestro andar perenne.

Al Niño interior, al mío, al tuyo, al nuestro.

A los Niños Venezolanos:

A los que tienen cobijo y amor del cálido brazo de sus padres.

A los que permanecen en las calles caminando sin horizonte, sin propósito y con el alma descalza.

A los que se quedaron con la esperanza y sueños intactos.

A los que se fueron con ganas de logros y calidad de vida.

A los que se mantiene luchando por su salud y a los que se les apagó la voz en la espera.

A los que dibujan aún de colores, a los que ven figuras de nube en el cielo y cantan solos con una sonrisa.

A cada niño del mundo, que merece la oportunidad de ser feliz y de descubrir quién es.

En especial, al niño que engendré y crié con el mayor amor que una madre puede prodigar, porque me enseñó de forma intangible el poema de Andrés Eloy Blanco:

*Cuando se tiene un hijo, se tiene al hijo de la casa y al de la calle entera...
Cuando se tiene un hijo se tienen tantos niños que la calle se llena y la plaza
y el puente y el mercado y la iglesia y es nuestro cualquier niño cuando
cruza la calle y el coche lo atropella y cuando se asoma al balcón y cuando
se arrima a la alberca; y cuando un niño grita, no sabemos si lo nuestro es
el grito o es el niño, y si le sangran y se queja, por el momento no sabríamos
si el ¡ay! es suyo o si la sangre es nuestra.*

Cuando se tiene un hijo, se tiene el mundo adentro y el corazón afuera.

Índice

PRÓLOGO	<u>7</u>
PRESENTACIÓN	<u>10</u>
I PARTE: SER NIÑO	<u>12</u>
*Ser Niño: La experiencia primigenia entre el amor y el juego	<u>12</u>
*Esencia de belleza y nobleza humana	<u>18</u>
*El ser espiritual. Entre lo divino y lo genuino	<u>23</u>
*La semilla resiliente	<u>27</u>
*Reflexiones: La belleza ontológica del niño	<u>30</u>
II PARTE: SIGNIFICADOS EDUCATIVOS	<u>43</u>
*Las enseñanzas del niño	<u>44</u>
*El artista natural	<u>47</u>
*Reflexiones: Sublimación pedagógica del niño	<u>54</u>
REFERENCIAS	<u>67</u>

Prólogo

De ningún modo puedo atribuir al azar el haber comenzado a leer el libro “La Esencia del Niño” el día 20 de noviembre. Todo confabuló para que fuera ese día, con un significado especial para todos los que trabajamos o estamos relacionados con niños.

Francis González me facilitó comenzar mi propia conmemoración del Día Mundial de los Derechos de los Niños con su obra. No podía ser de otro modo, la autora es educadora en el ámbito universitario, maestra de preescolar y con eso revela de qué está hecha.

El Principito Antoine de Sanint-Exupéry me fue llevando de la mano “Todas las personas mayores fueron al principio niños (aunque pocas de ellas lo recuerdan”, “La Esencia del Niño” es una vuelta a mirar lo bello y sensible de nuestra humanidad, a redescubrir ese niño que fuimos y rescatar sus anhelados sueños.

Con entrañable sensibilidad la autora hace que nos adentremos en cualidades distintivas, el amor y el juego. Destaca al niño como un ser que juega para aprender y recrear; “el niño como ser primigenio de amor y juego”, nos regala este hermoso precepto.

Cual Rousseau con su Emilio, da vida a la filosofía introduciendo la esencia de la belleza, de la nobleza humana, de ser espiritual; “cada niño es una vida y un milagro”. Resueno cuando plantea el origen de la palabra Infancia, “Infantia” los que no tienen voz. Mirar al niño desde una supuesta incompletud, una representación social del “todavía no”.

Nada es al azar, la Convención sobre los Derechos del Niño, recién en 1989, introduce el paradigma del niño como sujeto de derecho, el niño como persona, el niño con voz, el niño con dignidad.

El niño en su esencia es un sujeto en expansión y la autora con la complicidad de la pedagoga María Montessori nos recuerda que: “El niño se convierte en nuestro maestro”

Niños y docentes tanto aprendices como maestros. Esta parte me atrapó pensando los efectos de la pandemia del Covid-19 y su impacto en la educación. Una modalidad a distancia que ha obligado a repensar nuestras posiciones y, ciertamente, a que los educadores no nos sintamos con el monopolio del saber.

Estos meses de separación y plagados de incertidumbre revalorizan la invitación que nos hace el

libro a revalorizar el niño imaginativo, soñador y creativo cuya sensibilidad lo convierte en un artista integral.

En un mes donde nuevamente se denuncia que los niños siguen siendo tratados como objetos, son víctimas de todo tipo de violencia, negligencia, no se escucha su voz, no se les permite participar y desarrollarse plenamente, “La Esencia del Niño” constituye una invitación a repensarnos.

Agradezco a Francis el haberme honrado al pensar en mí para ser el prologuista y poder tocar mi alma y abrir mi mente. Su contenido es profundo manteniendo la sencillez. Recomiendo ampliamente esta obra para los educadores y todas las personas que trabajan o se relacionan con niños. Constituye un recurso que puede constituirse en bitácora hacia ese viaje hacia la esencia del niño que fuimos, reconciliarnos con él si fuere el caso e invitarlo a que se haga presente en nuestro accionar a fin de lograr mayor empatía y sensibilidad.

Fernando Pereira
Noviembre 2020
Educador, fundador de @cecodap
@fernandopereiraverano (Instagram y Facebook)
@fernanpereirav (twitter)

Presentación

Comprender al niño y quién es, ha sido una inquietud durante toda mi vida como educadora. A través de mis años como maestra de educación inicial y luego profesora en una universidad pedagógica, he convivido con niños en diferentes contextos que aún a pesar de sus diferencias e individualidades, parecían compartir cualidades en la esencia de su ser.

Al mismo tiempo, pude ir recopilando algunas expresiones en mis cuadernos de campo, entrevistas, talleres para padres e intercambios con estudiantes de la especialidad de educación inicial de pre y postgrado, así como las reflexiones provenientes de una tesis doctoral acerca del niño y las configuraciones que se tejen a su alrededor. Estos documentos me permitieron elaborar un escrito final condensado en estas páginas y respaldado por la línea de investigación Educación Infantil en Contextos Sociocomunitarios.

Mi intención es presentar una descripción reflexiva de la figura infantil sin pretensiones academicistas, un texto accesible para todos los que de una u otra manera se interesan por el tema, atienden y educan a los niños.

Incluso, al final de cada parte se presenta una representación gráfica para mayor comprensión del lector.

Estar en presencia de un niño es casi siempre una experiencia que nos abre las puertas del corazón, por su carácter convocante de amor y cariño y por la capacidad de asombrarse por todo; actitud que nos contagia. De allí, que escribir este texto ha sido también una experiencia de amorosidad conjugada con el respeto más profundo hacia la humanidad infantil; misma que merece ser develada en un mundo lleno de contrastes y conflictos adultos que a veces poco edifican nuestra condición de ser.

Este libro que devuelvo a sus principales actores y versionantes, es tal vez una vuelta a mirar lo bello y sensible de nuestra humanidad, a redescubrir ese niño que fuimos y rescatar sus más anhelados sueños. Cierro estas líneas con un profundo agradecimiento a CECODAP gracias por ser defensores la vida y abonar mi inspiración en la publicación de esta obra.

Francis González

Ser Niño

La experiencia primigenia entre el amor y el juego

*La infancia...se identifica con la vida como iniciación
La infancia es nacimiento y alumbramiento
Eduardo Bustelo*

Al nacer, el ser humano aparece en el mundo como un niño, es la primera expresión de la existencia, el ser original. En este sentido, es “lo primero que nos encontramos y lo que somos al llegar aquí, el primer contacto con la vida” o como dice una estudiante “*es la vida inicial*”. Heidegger (1997) afirma que somos sujetos arrojados en el mundo (*Dasein*), entonces podría pensarse que nuestra primera forma de facticidad -la primera posibilidad- es el ser niños.

Ser niño, no es solo nuestra existencia en los primeros años, es más que un momento temporal, es al mismo tiempo una posibilidad de transformación de una persona. Alguna vez, escuché a alguien decir “*¿Qué no puede ser un niño?*” La infancia entonces tiene un carácter dinámico, una persona en tiempo presente que

se va transformando hacia su propio potencial personal, que amplía y libera su condición natural de ser. Kohan (2009) expresa acerca de la infancia: “no es cuestión de medida, de tamaño, de cantidad, sino que es un estado de principio, un inicio perpetuo, una percepción sin antecedentes de aquello que nos hace ser lo que somos. Es una fuerza vital, un estilo” (p. 6).

Entonces ese modo de ser niño, contiene una presencia y existencia particulares que conjugan unas cualidades excepcionales: *el amor y el juego* como fuentes vitales de su ser. En la vida cotidiana ambas cualidades se evidencian en la forma en la cual el niño convive existencialmente con los otros; una forma de darse naturalmente en su humanidad sin el prejuicio limitante del adulto.

En nuestro día a día, como padres y maestros hemos podido comprobar que si a un niño se le llama la atención por alguna acción incorrecta, a los pocos minutos se acerca con todo el amor del mundo y te abraza; es decir, a pesar de la actitud adulta y lógica de reprender a un niño por algún comportamiento, aparece la actitud del niño de disposición para amar aunque haya sido disciplinado por el adulto significativo.

Es ese estado amoroso que el niño experimenta, el cual precisamente lo hace capaz de dar de sí y darse sin ninguna condición a los otros a través de diferentes expresiones -como el abrazo del ejemplo anterior-; pareciera que para un niño abrazar es una forma cálida corporal de sentir y ofrecer el amor a otra persona. En palabras de Fromm (2014): *“El amor es una actividad, no un afecto pasivo, es un estar continuado no un súbito arranque...amar es fundamentalmente dar no recibir”* (p.31).

Al estar en contacto con los niños, hemos podido sentir que la mayoría de ellos siempre quieren ese amor demostrativo de vuelta, les agrada la cercanía a través de cariños, abrazos, cantos y juegos. Entonces, un niño no sólo ama naturalmente, sino que quiere vivir en un ambiente donde se sienta amado a través de otras expresiones; **amado siempre** que significa en todas las ocasiones temporalmente posibles.

¿Es esto posible? ¿Ser y estar amados siempre? El amor como movimiento y estado natural, e incluso como clima afectivo alrededor del niño sí es posible, porque siempre es posible amar. El ser vital del niño nos lo demuestra. El amor se conjuga obviamente con la necesidad de ofrecer límites y mostrar la importancia de

la disciplina personal, eso también es amar al niño. Ese es el amor que quiere y necesita, a cambio de ese extraordinario estado amoroso del cual somos testigos.

Asimismo, el juego se aparece como otra forma existencial del ser infantil más que una simple actividad, un modo de estar y hacer que lo distingue del modo adulto. En palabras de una maestra: *“aunque un niño tenga hambre siempre va a querer jugar, aunque un niño sea maltratado siempre va a querer jugar, entonces el juego forma parte de él y de su aprendizaje”*.

Cobra sentido, comprender al juego como una actividad natural en el niño que le permite expresarse y relacionarse con los otros, puente de conexión entre su ser y su hacer para liberarse de situaciones contraproducentes que se le presenten. Entonces, el niño posee una actitud lúdica como parte de su personalidad, hecho que interpreta Dinello (2004) como una predisposición del ser frente a la vida con goce, disfrute y placer que no se reduce a la actividad del juego.

Recuerdo en algún taller para padres, escuchar a una madre decir: *“un niño es inocencia, el juego, la magia”*; así que no solo juega, **él mismo es juego**, al vivirlo como forma de ser; y *“magia”* que puede interpretarse a través de su capacidad extraordinaria de imaginar y

experimentar, en ese constante asombro por todo lo que le rodea.

Coincidente con ello, Lonergan (1992) propone que la dimensión lúdica estética es parte del ser humano y permite el autoconstrucción del sujeto que involucra al yo-tú en cada experiencia que se torna simbólica y busca comunicar la interpretación del mundo. Como maestros debemos entender que el juego también es un medio para que el niño aprenda y para que el adulto ofrezca enseñanzas significativas en su vida, pero es la espontaneidad lúdica del ser niño lo que puede distinguirlo del adulto como una actividad que emana de su propia vivencia como persona en tiempo presente, no en lo que puede ser sino es lo que ya es: **El niño es un ser que juega.**

Las apreciaciones descritas acerca del niño como **ser primigenio de amor y juego**, me recuerdan las palabras de Montessori (1982) quien afirma que todo lo que el niño hace lo efectúa a través del amor, porque el niño observa el mundo, lo absorbe y lo construye amando; él posee un “intelecto de amor” (p.88). Entonces, el juego y el amor son la expresión de la forma de ser del niño, son su actitud permanente para

interactuar con el mundo. Sostiene la pedagoga Montessori (1982):

¿No es característica del amor aquella sensibilidad que hace ver cosas que los demás no perciben? ¿Cómo registrar particularidades que los demás no saben apreciar, y descubrir cualidades especiales que parecen ocultas y que sólo el amor puede descubrir? Por eso la inteligencia del niño absorbe amando y no indiferentemente; el amor le hace ver lo invisible. Esta absorción ardiente, activa, minuciosa y constante del amor, es una característica de la infancia (p.88).

El juego y el estado amoroso del niño constituyen entonces su ser y hacer natural, aquello con lo que enfrenta al mundo, sin un tiempo que lo limite, salvo el que los adultos han creado para él. El niño es capaz de percibir cualidades en los objetos y en los otros, que no son visibles a simple vista a través de su actividad, de ver detalladamente el mundo y aprehenderlo para sí. Es definitivamente, una presencia amorosa, lúdica e intuitiva que abarca los espacios en los cuales convive.

Esencia de Belleza y Nobleza Humana

¿Qué es lo bello en sí mismo?
Sócrates

La pregunta de Sócrates acerca de la belleza marca uno de los primeros debates filosóficos acerca de su significado. La Real Academia Española, por ejemplo, la define como una “cualidad de bello” y como una “persona o cosa notable por su hermosura”, lo que enfoca el análisis en un asunto físico y de apariencia de las personas o de los objetos.

Sin embargo, hay una afirmación común que he percibido en el círculo educativo en el cual me desempeño; afirmación que aunque pudiera parecer simple me hace pensar que existe una belleza inmanente en el niño, una característica esencial que se produce más allá de las apariencias: *“todos los niños son hermosos”* o *“todos son bellos”*. La reiteración del determinante *todos* no excluye a ningún niño, más bien, agrupa a todos los niños sin distinguir características físicas, psicológicas, contexto o procedencia, incluso, no refiere una belleza física descriptible.

¿Es posible que un grupo humano pueda ser distinguido en su totalidad como bellos? En alguna de mis clases de práctica profesional, al tratar de comprender las ideas y concepciones que las estudiantes tienen sobre los niños, una de ellas expresó:

Es un pedacito de lo más bello, hermoso y grande que puede haber como seres humanos (...) La esencia de la verdadera grandeza del ser humano está concentrada en ese medio metro de persona que es un niño, está allí, está toda esa pureza.

La expresión, sugiere que el niño posee una belleza radical que le hace ser grande en su humanidad, como ser que resalta por su hermosura inagotable, una grandeza que irradia a quienes están alrededor. De allí, que irradia una energía especial y vitalidad, siempre dispuesto a aprender a experimentar con lo que le rodea.

Adicionalmente, percibo que existe otra cualidad que nutre la belleza infantil: su inocencia y nobleza moral. De nuevo, la generalización acerca del niño como grupo humano lo convierte, de acuerdo a otras voces en: *“El ser más noble de la sociedad”*, y en consecuencia *“Todos los niños son buenos”*. Es común escuchar también que no hay niño malo, pues no conocen el concepto de maldad,

incluso que sus acciones incorrectas son para ellos algo gracioso porque aún no comprenden bien su significado.

De manera que la bondad e inocencia natural en el niño, sintetizan su belleza interior, caracterizada por un alto sentido ético-moral y expresado a través de su sinceridad. A un niño siempre le cuesta decir mentiras, normalmente hablan con la verdad, con una honestidad inmanente que parte de su personalidad y les permite razonar el mundo de manera distinta al adulto; para ellos la verdad es el estado natural de las cosas, es como deben ser. Al respecto, cito las palabras clásicas de Platón quien sostiene “la potencia del bien se ha refugiado en la naturaleza de lo bello” (Filebo, 65 A). Entonces, la belleza del niño se percibe en su presencia y en la forma de *hacer el bien* al relacionarse con los otros. Vinculado a esta idea, cito la definición de belleza de Barraca (2004):

La belleza implicaría, la vinculación singularísima que se da entre lo bueno, lo verdadero y lo uno; consiste en la armonía de su conjunción, dado que éstos convergen al cabo en un punto. De manera que la belleza no sólo es buena, verdadera y unitaria, de algún modo; sino que, también, en su más alto sentido y alcance, la Belleza es el Bien, es la Verdad, y es la Unidad. (s.n)

Por ello, un niño no necesita mentir con la intención deliberada de hacer daño, cada niño se da desde su propia experiencia de amor y goza estar con los demás. Pero en el camino, a veces, el ambiente concebido como lo físico y como clima moral emocional puede no favorecerlo, de allí que el niño está marcado en gran medida por lo que su ambiente le ofrece, va modelando formas de ser de los adultos significativos que lo rodean; algunos dicen: “la maldad se las enseña uno”.

Es evidente, que la inocencia natural del niño, ese bien que le caracteriza, no puede ser juzgado desde la óptica adulta de bueno ni malo, no puede ser acusado en modo alguno, pues finalmente es el ambiente, la sociedad y el adulto que la habita que oscurecen o empañan esa bondad innata a través de lo que le enseñan. La idea de la sociedad que pervierte al niño en su bondad e inocencia natural proviene de Rosseau (1762), una sociedad que en gran medida lo coarta con su ideología moral y le impone una forma de pensar que va en contra de su naturaleza infantil.

Aunque con diferencias de contexto, pienso que las ideas del autor siguen vigentes hasta nuestros días ya que la lógica adulta competitiva y voraz que priva nuestras interacciones, son enseñadas y modeladas en los niños

de forma consciente e inconsciente por los adultos significativos con los cuales conviven. Las reflexivas palabras de esta maestra resumen dichos planteamientos: *“Si nosotros pudiéramos ser más como ellos y tener menos malicia sería un mundo mejor para todos”*. Desde esta perspectiva, el niño es el mejor modelo ético moral que podemos imitar, intentar ser como ellos es ser mejores personas que no actúan solo por deber, sino que ser buenos con los otros es su esencia intrínseca.

El ser espiritual

Entre lo divino y lo genuino

*Tocar al niño, es tocar el punto más delicado y vital
donde todo puede decidirse y renovarse,
donde todo está lleno de vida,
donde se hallan encerrados los secretos del alma*
María Montessori

La espiritualidad es una dimensión de la persona humana, la cual según Chacón (2015) recorre nuestro ser, lo anima y trasciende, por lo tanto, se vive desde la propia realidad interior. Ante esta apreciación, parece ineludible que cada ser humano experimenta una espiritualidad personal y que ve el mundo de esta perspectiva que lo conecta con los otros seres y da sentido a quien es.

Al respecto, quiero compartir, dos versiones de mis estudiantes de pedagogía que apuntan a describir lo que parece ser una concepción del niño como reflejo de la divinidad desde su propia experiencia espiritual. La primera expresa: *“ese pedacito de ser que te muestra lo más noble que es el ser creador que es Dios”*; la segunda manifiesta: *“Cuando yo veo a un niño yo diría (muy*

buena la comparación) que es como ver a Jesús, que él es toda nobleza, todo amor, toda ternura, y por eso no puedes hacerle daño a un niño (...) Es algo muy puro y muy lindo que Dios nos regala (...) Para mí representan a Dios”.

Podemos percibir en ambos testimonios, que el niño es la más alta representación del ser que las estudiantes consideran el Ser Supremo, del ser creador cuya perfección simboliza la nobleza máxima y los más puros valores universales, pero al mismo tiempo el niño es otorgado por Dios al mundo como regalo. Froebel en su obra *La Educación del Hombre* (2013) sostiene “que el niño se nos presente como una garantía viviente de la presencia, de la bondad y del amor de Dios” (p.7).

Pero, ¿Qué significa en realidad ser reflejo de divinidad? Adler (2004) manifiesta que el concepto de divinidad contiene la suprema sublimación del ideal humano, es el mayor acercamiento a la perfección anhelada por las personas que nos lleva al sentimiento de comunidad “meta íntima y definitiva de la evolución” (p. 169). Muchas veces se confunde espiritualidad con misticismo o religiosidad, nada más alejado de la verdad, porque la espiritualidad no es algo inalcanzable ni se refiere únicamente a la creencia en un ser superior. Creo

firmemente, que la espiritualidad está relacionada con ser genuinos, entregados y puros, precisamente como son los niños.

En este sentido, la espiritualidad del niño puede percibirse debido a su entrega y forma honesta de ser en el mundo; independientemente de las razones religiosas, los niños ya son seres espirituales que habitan entre nosotros. Tal como argumenta Frankl (1949), el ser humano es un ser nuevo al que le compete básicamente tener dignidad, es un ser que resulta de la interacción de tres niveles de existencia: lo físico, psíquico y espiritual, pero esta última permanece en el inconsciente, siempre callada en una mismidad que no puede objetivarse, pero se expresa a medida que el individuo va tomando consciencia de sí y de cuanto afecta al mundo.

Por otro lado, Chimpén y Oviedo (2012) siguiendo las ideas de Anandarajah y Hight afirman que la espiritualidad no es una dimensión humana, sino una compleja y multidimensional parte de la experiencia humana que contiene aspectos cognitivos, emocionales y conductuales. Entonces puede decirse que el niño como ser espiritual, maneja una emocionalidad expresiva que busca hacer empatía con los demás, un estado amoroso, una interioridad que se da con un compromiso natural y

en constante armonía interior manifestada en lo que hace, en sus acciones y conductas de entrega al otro.

Sin embargo, desde la óptica cognitiva, durante los primeros años el niño comienza a representar el mundo mentalmente y su pensamiento no le permite enfocar al mismo tiempo varios aspectos o cualidades de eso que quiere conocer, tampoco hacer reflexiones abstractas sobre el mundo. Pero, esto no le impide vivir en amorosidad hacia el mundo, más aún, vive una actitud espiritual natural que se encuentra por encima de la razón adulta y revela lo extraordinario de su ser.

Cada niño es una vida y un milagro, dice otra voz. La vida como la manifestación somática de existencia y al mismo tiempo expresión del milagro obrado por aquello que nos trasciende, ese algo que está más allá de cada uno de nosotros. El niño como persona, viene al mundo siendo él mismo, no el otro que tuvo la posibilidad de ser por la concepción orgánica entre su padre y madre. Este ser único e irrepetible, tuvo la oportunidad de nacer y crecer con interioridad propia, allí está el carácter milagroso de su existencia; “la persona es sustancia, no un accidente de otra, existe en sí y, por tanto, para sí” (Díaz, 2004; p.50).

La semilla resiliente

*Pienso que todos tenemos la semilla de la resiliencia;
De cómo sea regada dependerá su buen crecimiento*
Palabras de un adolescente, 1994

Históricamente, al niño se le ha visto como un ser desvalido, vulnerable y sin capacidad de enfrentarse al mundo. De hecho, el término Infancia con el que se agrupa socialmente a los niños proviene del latín *infantia* y alude a los que no tienen voz. Por su parte, Casas (2006) expresa que existe la representación de los niños como los “aún no”, es decir, los que todavía no son capaces, competentes, responsables en contraposición con los “ya-si” que son los adultos siempre representados de manera superior en función a los niños.

No obstante, las palabras de otra maestra apuntan a otro horizonte conceptual al expresar: “*un niño es capaz de amar, de aprender, capaz de movilizarse, de adaptarse a los cambios, de crear resistencia de una forma increíble y de si hay problemas en su casa sobreponerse y buscar una solución agradable y tierna*”. Se percibe que la mirada de la maestra se

produce no desde las limitaciones del niño, sino desde las capacidades y potencialidades que éste posee, de lo que puede hacer para *adaptarse y sobreponerse*, incluso lo que puede aportar como solución.

Coincido con la versionante, en tanto un niño ve los problemas como una situación siempre solucionable, basta con preguntarle y el siempre tendrá una respuesta así no sea la más lógica en la visión del adulto, pues el niño lo hace desde una visión de amor que busca una alternativa, una posibilidad. Esta capacidad de resistir la adversidad y enfrentar el mundo es definida por algunos autores como resiliencia, misma que debe ser promovida por los adultos para maximizar el bienestar del niño en tres niveles de acción, según Grotberg (1995): el soporte social, las habilidades y la fortaleza interna.

Valdría preguntarse, si es una capacidad que puede desarrollarse o es metafóricamente como plantea el adolescente en el epígrafe, *una semilla que puede regarse*. Entonces ¿qué habría que hacer? Grotberg desde un enfoque psicológico propone potenciar la autoestima del niño, su autonomía, confianza y competencia social a través de la verbalización de las siguientes expresiones “Yo tengo”, “Yo soy”, “Yo estoy” y “Yo puedo”, y con base en ellas, los adultos significativos

aumenten experiencias positivas para que el niño se apropie de ello. Pero, emerge una idea en otra estudiante: *“Es importante, enseñarles a los niños que Dios está con ellos, no importa la religión. Esto le va a dar fuerzas para poder superar otros retos y metas que se le presentan en la vida”*.

Estaríamos frente a una capacidad del niño de ser resiliente a través del apoyo espiritual que como adultos ofrecemos y de cómo se le puede enseñar que un ser trascendente le otorga *sabiduría* para poder hacer frente a los obstáculos y retos cotidianos, para transferir los conocimientos aprendidos *in situ*. Aunque se percibe el carácter religioso de la expresión de la estudiante, es esta fe propia de cada persona y grupo familiar que al ser enseñada en el niño puede prevenir, minimizar o aliviar las consecuencias negativas de la situación vivida como bien expone Pargament (1997), además la religiosidad promueve en el individuo la capacidad de afrontamiento a través de sus creencias religiosas, aunque claro está, no es la única vía de acceso al desarrollo espiritual.

Reflexiones

La belleza ontológica del niño

El niño es la primera experiencia trascendente del ser y de su estadía en el mundo. Al mismo tiempo, es sustancia constitutiva de la persona inicial con todas sus posibilidades de existencia pues cada niño vive su propia realidad al inicio de la vida. Desde un plano ontológico (o de la presencia de su ser), el niño aparece con una belleza intangible de poderosa presencia la cual irradia un resplandor propio de su estado de niñez, pues una de las ideas generadoras ha sido que *“Todos los niños son bellos”*. Entiendo, que esta aseveración no se trata de una cualidad física sino de una cualidad trascendente de su esencia.

Juan Pablo II (1999) sugirió que “La belleza es en un cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es la condición metafísica de la belleza”. Entonces, según el Pontífice la verdad, el bien y la belleza se convierten en una fuerte tríada para describir la belleza

como una cualidad humana. Sin embargo, los hallazgos y reflexiones acerca de los testimonios y vivencias relatadas, apuntan a ampliar las cualidades propias de la belleza al tratar de comprender la esencia de un niño, mismas que se develan a través de su capacidad permanente de apertura a aprehender el mundo y vivirlo como ser auténtico, su estado lúdico y amoroso, el alto sentido moral de su actuar y la espiritualidad incipiente.

Si observamos a un niño, podemos ver una capacidad natural de explorar y de indagar el mundo que lo rodea, pareciera una necesidad de captar siempre la esencia de las cosas, del movimiento, las texturas, los colores, de acercarse a los objetos sin teorías previas ni prejuicios; se vuelca completamente a su alrededor, es una actitud de apertura permanente al mundo que le permite aprehenderlo y transformarlo, al unísono de su autoconstrucción; filosóficamente hablando sería *actitud fenomenológica en el despliegue de su existencia*, o bien, una actitud de apertura al mundo en la que parece querer descubrir los objetos, las cosas, las personas; descubrir su esencia. Herrera (2017) afirma que “la infancia es disponerse ante el mundo liberados de presupuestos, no importa ya cuanta rigurosidad

impongan las ciencias, ni cuantas teorías respondan y definan lo que sucede en el mundo y en nosotros” (p. 36).

De allí, que el niño es el investigador natural que quiere observar los objetos y experimentar con ellos, es el filósofo natural que se pregunta siempre el porqué de las cosas y demanda respuestas de los adultos para comprender; el niño al fin y al cabo es un **ser auténtico** que se asombra constantemente y que se conecta naturalmente con la esencia de los seres u objetos a su alrededor. Como sugiere Jung (1991), “se sabe que al niño le interesan profundamente todos los fenómenos que presencia. De aquí sus interminables preguntas sobre el porqué y el cómo de todas las cosas” (p. 32).

La autenticidad del niño, nos atrae precisamente porque no logramos comprender el acto de cómo logra maravillarse por todo lo que le rodea una y otra vez, sin mostrar cansancio o aburrimiento por aquello que le interesa, trata todo como un misterio de vida, como algo que debe descubrir aunque para los adultos sea evidente. L’ecuyer (2014) afirma que el asombro es un deseo de conocer lo desconocido y también lo desconocido; esto es vivido por el niño como si cada cosa o acto suscitado fuera la primera vez, es su forma de comprender el mundo.

El ser auténtico se vincula también con la capacidad de concentrarse, dice Fromm (2007). Un niño en ese proceso de descubrimiento, queda absorto tratando de descifrar el fenómeno nuevo para él o ante el cual queda sorprendido: el movimiento de una mariposa, un animal que desconoce, un objeto que hace ruido. Entonces, enfoca todos sus sentidos ante ello, se vuelca ante lo observado en cuerpo y mente en un acto profundo de contemplación y se compromete con lo que hace, siente, vive.

Por otro lado, hemos mencionado que la belleza de un niño se relaciona también con el estado lúdico y amoroso en el que experimenta la vida; es la conjunción de ambas la que le permite vivir sin prejuicios, acercándose al mundo con la potencia de su vitalidad y sensibilidad únicas. Abrazar, jugar, cantar, explorar son acciones y condiciones existenciales que develan su mundo interno, un mundo en el que se funden lo imaginario y lo real al unísono, siempre con una inclinación de querer saber más y la creencia de que todo es posible.

La actitud lúdica del niño se puede describir a partir de tres categorías propuestas por Fullea (2003). La primera es la necesidad **lúdica**. El niño, siempre quiere

jugar, es una fuerza interna inevitable que le lleva a expresar de manera espontánea y creativa su presencia en el mundo y su relación con los demás. Al observar a un niño, vemos que jugar se le hace irresistible, es normal tocar los objetos y juntarse con otros niños para provocar una situación lúdica en que ponga en acción toda su capacidad motriz, afectiva, cognitiva, solo por el mismo hecho de jugar.

Aparece entonces la segunda categoría: la **actividad**. Un niño quiere y necesita moverse por el espacio para explorar las posibilidades lúdicas, accionar sobre los objetos y hacer emerger el juego. La tercera categoría refiere el **placer lúdico**, esa constante risa y alegría cuando al accionar se da cuenta de que el otro niño con quien está responde, se esconde, se agacha, corre, grita, pide no ser atrapado, le da usos infinitos a los objetos para que rueden y se caigan, claro está, ante la mirada adulta que lo juzga muchas veces como incomprendible.

Es precisamente lo incomprendible lo que el niño acoge como juego, una actividad placentera que le produce bienestar y que escapa como siempre a la lógica adulta, al menos que éste se sienta invitado y decida acompañarlo en la travesía imaginaria de jugar. El juego

para el niño es un medio de expresión de su ser y un fin que persigue en su propia actividad.

Asimismo, el amor es una forma de expresión natural en el niño, es la actitud prerreflexiva en la que se relaciona con los otros y el estado existencial en el que vive la vida. Para el niño el amor necesita ser expresado, se ama entonces cuando hay la posibilidad de mostrar el amor con una expresión física, como abrazar o besar.

El abrazo es ceñir con los brazos a alguien (RAE, 2014); es estrechar nuestros brazos con los del otro, es un contacto personal de gran fuerza que nos aproxima a los demás de manera cálida y reconfortante. Para el niño un abrazo es proximidad, es reconciliación ante una situación que no le fue agradable pero que el deja atrás porque prefiere retomar la conexión inicial, sin rencor. También, es una manera de sentir que el adulto le tiene afecto y cariño, junto a los tiernos besos que le acompañan.

Visto así, la actitud amorosa del niño posee un continuo movimiento de acción con el otro a través de la expresión afectiva que el comunica y de provocación que emana desde su interior hacia el otro, como una invitación que nos hace para amarlo de la misma manera pues quiere recibir también amor.

Surge otra distinción al respecto, aunque quiera recibir amor como todo ser humano, el niño manifiesta nobleza para acercarse a los demás sin esperar algo a cambio, ni condicionar su sentir, lo que permite afirmar que ama como ser existente porque el verdadero amor es dar como dice Fromm (2014). ¿Pero qué es lo que en esencia se da? El mismo autor responde, una persona “da de sí misma, de lo más precioso que tiene, de su propia vida (...) da de lo que está vivo en el” (p. 33).

Siguiendo estas palabras, **el niño al vivir de manera existencialmente amorosa**, nos ofrece la posibilidad de observar la belleza del ser que vivencia el mundo con capacidades naturales para consolar, dar y recibir caricias, acompañar y jugar con los otros aún siendo muy pequeño. Si observamos a los bebés durante el primer año de vida al sentir que otro niño llora o ríe a carcajadas el también lo hará. Plantea Shapiro (1997) que “el deseo de preocuparse por los demás, llegando incluso al altruismo sin duda forma parte de nuestro código genético” (p.56).

Ante estas ideas, cabe preguntarse ¿cómo perdemos esta actitud de empatizar innata? Es precisamente el amor quien hace al niño bello entre los seres humanos, él es “*la verdadera esencia de la grandeza humana*”

como dice una maestra, pues su presencia nos hace recordar diariamente nuestra inmensa capacidad de amar y ser con el otro.

Vinculado a lo anterior, aparece un alto sentido emocional de lo moral característico de la esencia infantil porque la mayoría de las veces quiere y busca el bien para quienes están a su alrededor, además suele decir la verdad; para él es lo natural. El niño utiliza una lógica distinta a la razón adulta, aunque siempre se le ha catalogado como de un razonamiento inferior que es proporcional a su capacidad cognitiva, alguien que no tiene la capacidad de pensar moralmente por no tener un pensamiento abstracto.

Al contrario, pienso que esa mirada no maliciosa del niño ante las cosas no es fruto de su ignorancia o falta de razón, es fruto de una conexión emocional con del mundo y de tener un acercamiento natural a lo humano. No hay falta o carencia en él, su alto sentido de la moral es una cualidad existencial hermosa que lo hace tan persona como cualquier adulto. Habría que acotar, si la maldad requiere una racionalidad aún más avanzada pues debe haber una intención pensada y planificada para cometer alguna acción en perjuicio del otro, entonces ¿la razón adulta es la que justifica la maldad?

Encuentro una contradicción en ello, dado que la razón debería impulsar el actuar bien humano. En este caso, son los niños que nos dan una gran lección sobre el sentido humano de vivir que no es derivado solo de la razón sino del sentir-vivir con una ética natural.

He aquí otro hallazgo importante: existe una contradicción entre lo que percibimos de la esencia de un niño y la postura cognitivista de las teorías morales, mismas que han limitado la capacidad del niño solo a su razonamiento, a su actuación en función al castigo o el deber que le impone el adulto. Al contrario, afirmo que un niño utiliza una lógica distinta, el actuar bien es la premisa con la que enfrenta al mundo pues tiene la creencia de que actuar bien es lo natural, solo porque sí, porque el supone que es el deber ser de la humanidad, es lo que sería normal.

Esto que llamo **la lógica infantil del bien**, es una capacidad superior del sentir humano (que no inferior), es atender a la necesidad de otro sin discriminación, con la seguridad de que se hace lo correcto, es el bien en estado natural y como expone López (2006) es “el actuar humanizado en su máxima expresión” (p. 63). Esto, es lo que hace un niño, la mayoría de las veces, buscar proximidad, hacer el bien al otro, entregar de sí y de lo

que tiene. Una vez pregunté a un niño que dio la mitad de su merienda a otro, a pesar de no traer suficiente, el por qué lo hizo y me contestó: “*porque si, no pasa nada si le doy de mi comida*”. ¿Hay o no un alto sentido moral en él? ¿Hay o no belleza en esta respuesta?

Por lo tanto, la capacidad de amor de la cual hemos hablado y la facultad de perdonar, de ser bueno con los demás, nos hace percibir al niño como un ser hermoso, por cuanto no juzga ni señala al otro; es su nobleza que le permite ver el mundo y a los demás como seres dignos que merecen estar junto a él en tanto los une la misma esencia humana.

De manera reciente, algunos autores como Quiroga (2013) plantean un nuevo paradigma de desarrollo moral como una capacidad intuitiva innata del ser humano, la cual nos distingue como especie y que se aleja del razonamiento como única fuente de la actuación moral del niño, dado que compartimos la misma esencia de hacer el bien en los primeros años de vida y alejarnos de lo que percibimos como daño o maldad.

El niño entonces, se da al mundo desde su propia verdad y con la pureza de su actuar que se relaciona con una espiritualidad incipiente, es decir, una existencia espiritual que se percibe y está cercana a los valores

trascendentales de la humanidad, vivida con una actitud de ser noble para los demás no solo para el mismo; “la espiritualidad es la vivencia intrínseca del estar vivos, asistida por el espíritu y manifestada en comunidad” (Beltrán, García, Manzano, Murillo, 2015).

Lo anteriormente expuesto, conduce a reflexionar acerca de la concepción del niño como ser espiritual, la cual va más allá de una visión religiosa, implica la trascendencia propia del ser y los valores inherentes en él; valores que se ven exaltados en la forma física, mental y espiritual de presentarse el niño ante el mundo, cómo se conecta con los otros, cómo experimenta su vida.

Ante esta descripción, cabe pensar cómo los adultos significativos y especialistas en infancia hablan siempre en términos de necesidad, de lo que el niño no tiene o no es, se mira a un niño desde una supuesta incompletud de su ser, la cual requiere ser corregida o arreglada en términos adultos. De manera consciente o inconsciente se configura a un niño débil, falta de atención, distraído, sin lógica, que solo requiere ser llenado de la sabiduría y la lógica adulta para que pueda llegar a ser.

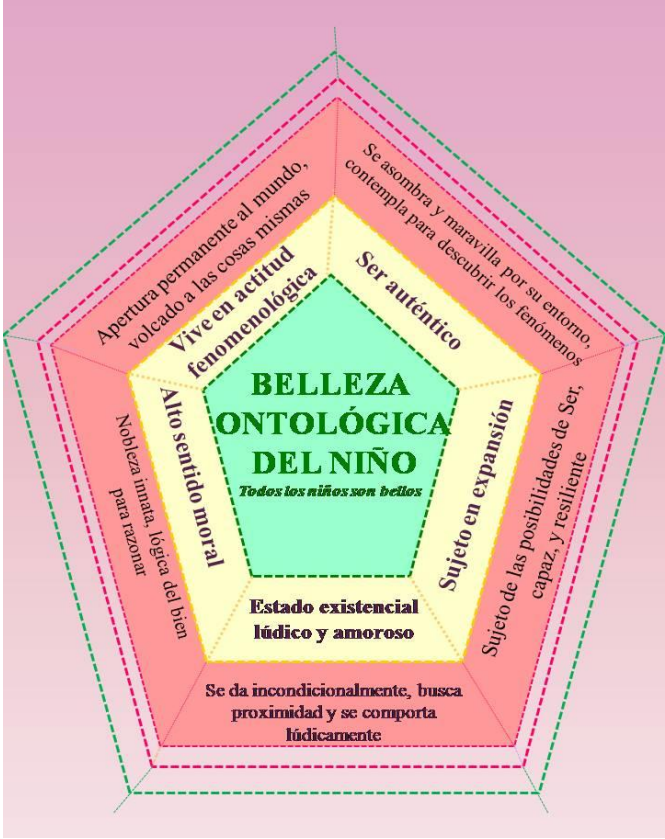
Poco o nada nos hemos sensibilizado acerca de cómo es realmente un niño, aunque ha habido buenas intenciones familiares, pedagógicas, sociales y

disciplinarios para su atención integral, pero creo no han sido suficientes en la búsqueda de comprenderlo. Es menester preguntarnos entonces ¿Quién es el niño?

El niño en su esencia, es un **sujeto en expansión** cuyas capacidades naturales pueden ser potenciadas en el entorno en el que se encuentre, que puede adaptarse y plantear soluciones desde su lógica de bien particular para enfrentar de manera resiliente la vida misma. Se entiende, que para ello requiere el cobijo y acogida de una familia en la calidez de un hogar, como se ha planteado anteriormente.

Estas ideas, nos conducen a develar en el niño su actitud de maravillarse ante el mundo, el bien que siempre quiere hacer a los demás como acto natural, esa belleza ontológica que hemos mencionado y que está en armonía con su ser. Dicha belleza *es* en el niño, está en tiempo presente allí dispuesta para nosotros los adultos que nos hemos negado a verla en su justa dimensión, por lo tanto, debemos redirigir nuestra mirada, ver al niño en su capacidad no solo de acciones sino su capacidad o despliegue existencial como persona, un ser que actúa basado en el bien, con verdad, con amor, y con una lúdica permanente que le hace estar de manera distinta ante el mundo de las cosas y de los otros; un niño que requiere

ser descubierto, pues como sostuvo una maestra de Educación Inicial “Si nosotros pudiéramos ser más como ellos y tener menos malicia sería un mundo mejor para todos”.



Aproximación gráfica de la belleza ontológica del niño

Significados Educativos

A manera de introito

A lo largo de mi recorrido docente, he podido encontrado diferentes significados emergentes acerca del niño en el escenario pedagógico: un niño de múltiples capacidades, una persona en formación, la ternura del niño de maternal (0-3 años), la autonomía del niño de preescolar (3-6 años), entre otros. No obstante, hay dos sustancias temáticas que me han parecido diferenciadoras de otros textos y acerca de las cuales quiero escribir por su universalidad y sentidos compartidos en padres, maestros y otros actores sociales: *las enseñanzas del niño y el artista natural*.

Las enseñanzas del niño

*La energía desconocida que puede ayudar a la humanidad
es la que se encuentra en el niño.*

María Montessori

En los entornos educativos, concebir al niño como aprendiz o alumno parece la idea normalizada. Sin embargo, esta voz de una estudiante concede al niño otra mirada que les quiero compartir:

-Uno piensa que como docente o como estudiante de educación inicial, uno va y enseña, pero en realidad uno va y aprende de los niños, El niño enseña a ser mejor persona, a dar amor, a dar cariño, te enseña a quitar tristezas (...) Cuando estoy con mis niños de inicial solo pienso en ser como ellos, jugar, pensar y aprender de ellos su bondad, espontaneidad y su amor por todo.

La versión, sostiene que al inicio la estudiante va a la práctica profesional con la idea de ser la maestra, de ser quien enseña, pero el contacto con el niño le hace ver algo

diferente pues el niño le enseña que se puede llegar a ser mejor persona con su naturalidad, espontaneidad y amor; entonces la meta de la estudiante, es ser como ellos, tener una empatía que la lleve a poder conectarse emocionalmente con ellos, pero sobre todo aprender.

Por otro lado, una maestra expresa:

Los niños me han ayudado a superar muchas cosas, he hecho el esfuerzo, he puesto de mi parte en ser más yo misma con ellos, en no ser una fachada, en ser más yo. Intento ser más natural y relajada, eso lo aprendí de ellos.

La expresión evidencia que el trabajo docente con niños ha llevado a la maestra a un camino de autoconocimiento para luego poder mostrarse de manera genuina a ellos, sin fachadas, alguien que puede superar sus miedos y ser ella misma. Asimismo, otra estudiante sugiere que los niños ofrecen variadas ideas de juegos y actividades, ideas que ella antes no tomaba en cuenta pero que ha aprendido a escucharlas y planificarlas, intuía una reciprocidad en el acto de aprender que la lleva a afirmar: “*Uno aprende con ellos y ellos aprenden con nosotras*”.

Podríamos preguntarnos en este sentido, ¿Qué piensa una madre? ¿Percibe enseñanzas del niño hacia

ella en la vida cotidiana del hogar? *“Con los hijos cuando están pequeños uno aprende mucho, te ayudan a ser mejor persona porque siempre piensas en su bienestar pero también ves a los demás como si fueran tus hijos, entonces tratas de hacer lo mejor posible siempre”* (Madre).

Desde el punto de vista de la madre, el niño ofrece otros aprendizajes relacionados a ser mejor persona, al sentido de vocación de amor y cuidado que ella debe prodigar no sólo a su propio hijo sino a los demás niños, porque hay la posibilidad de que fueran propios.

Estas ideas, convierten al niño en un maestro de la vida e invita a conocerse a sí mismo. Tal vez, por el hecho de que su creatividad y lúdica inmanente pone en juego las capacidades del adulto, quien vive continuamente un enmascaramiento de su ser y ha perdido un poco del asombro por el milagro de la vida misma. No en vano, Montessori (1982) aduce “la figura del niño se presenta potente y misteriosa, y hay que meditar sobre la misma, porque el niño, que contiene el secreto de nuestra naturaleza, se convierte en nuestro maestro” (p. 169).

El Artista natural

Los padres sabemos que entregar un lápiz de colores a un niño pequeño, representó en un momento tener paredes con los más hermosos garabateos, mismos que atesoramos en nuestros recuerdos cual obra de arte. Asimismo, en el aula de Educación Inicial, los maestros hemos facilitado experiencias al niño en las que explora materiales, plasma ideas, emociones y sentimientos a través de la pintura, dramatiza, cuenta cuentos y un sinnúmero de actividades que lo llevan a expresarse artísticamente y que realiza con sumo agrado y alegría durante su estancia en el centro educativo.

También en ocasiones ambos mundos familia y escuela, se unen para significar la creatividad artística del niño como se percibe en el testimonio de esta estudiante:

El niño es imaginativo, soñador, creativo y esa sensibilidad parte de lo artístico que explota en toda su personalidad, eso parte de mi porque mi mamá me contaba los cuentos, que yo todavía hoy

me imagino el rostro con el que mi mama me narraba, me imagino a caperucita roja y al lobo, esa sensibilidad artística te hace imaginativo y creativo, para incluso solucionar problemas y seguir adelante, te hace excelente, el arte apunta a la excelencia, a no limitarte a lo académico a tener otras capacidades (...) Un niño es un artista integral.

La caracterización que hace la estudiante acerca del niño, y esa definición como *artista integral* supone una vivencia que como niña obtuvo de su madre al leerle cuentos clásicos, al propiciar momentos para imaginar y crear; lo que ella concluye, permite adquirir habilidades para resolver problemas y ampliar el marco de competencias para la vida, y aún más, ser un ser sensible en el mundo. Al respecto, una maestra coincide con esta apreciación y expresa:

Los niños son músicos, literarios al 100%, son artísticos a nivel teatral, pintores, hacen unas obras de arte, para uno es un garabato, pero para ellos es arte. Tuve un niño que se llamaba Cristofer de 5 años, que hizo un cuadro iuna playa, cielo degradado, palmeras, puso detalles, combinó colores para crear otros, parecía que ese niño

estudiaba pintura. Hasta pensé que no era de él. Son artistas natos, colocan cuadros a las jirafas, dos colas, cuatro ojos, y son creaciones. Si hay artistas que también hacen garabatos ¿por qué lo de los niños no puede ser tratado así?

El relato de la maestra a través de la vivencia con Cristófer, sugiere una mirada que amplía la misma concepción de lo que es arte o no, de lo que significa ser un *artista nato*, pues a los ojos del adulto la expresión un dibujo debe tener ciertos elementos lógicos, es decir, representar la realidad tal cual es; pero el niño sale de esta estructura y plasma en el dibujo su percepción estética-emocional sobre las cosas y añade elementos gráficos de manera libre que no siempre están apegados a nuestro concepto de realidad pero que reflejan su propia imaginación y creatividad. Hayman (1961) refiere que el arte “es la esencia misma de todo lo humano” (p.6), pero no es exclusivo del adulto, sino que también los niños dan forma a sus ideas y sentimientos por medio del arte, del cual argumenta “El arte nos hace más vivos al extender y profundizar esa conciencia nuestra del mundo en que vivimos” (p.9).

En este sentido destaco las palabras del artista plástico larense (venezolano) Colombo, quien en

entrevista de 2008 define al niño como un “*pintor ingenuo*”. Comenta, que el niño pinta sin intención de mostrar alguna sapiencia sobre la pintura, solo lo usa para expresarse. Sin embargo, cabe señalar que nuestra concepción de arte parece ser limitada precisamente por la razón adulta, porque como dice la maestra, si hay pintores que muestran garabatos y son considerados artistas, entonces ¿por qué lo que hacen los niños, no puede ser tratado así? Interrogante interesante que supone la primacía de la concepción adulta y el poco entendimiento del mundo sensible del niño.

Pero esta manera de *hacer arte* por parte del niño, se suma a otras acciones como dramatizar o hacer música, tal como expresan otras docentes con las cuales he conversado:

El niño es un ser natural, se le puede olvidar la mitad de lo que tenga que decir por lo menos en teatro, pero él lo disfruta sin preocupación, está concentrado en lo que va a hacer, es lindo es maravilloso. Me hace sentir grande, es un mundo emocionante lo artístico y es satisfactorio verlos hacer diferentes actividades en este sentido.

De estas palabras emerge un aspecto esencial: el niño actúa de manera natural, para él representar algún

personaje pareciera ser parte de su actitud lúdica ante el mundo, por lo cual no se preocupa de la perfección de la obra y de recitar literalmente el guión, sino que lo hace en una actitud de disfrute y emoción.

Asimismo, a ella como su maestra le satisface el hecho de que el niño pueda vivirlo de esta manera y que muestre sus capacidades en las actividades artísticas que se le proponen. Por su parte, una maestra que también hace música, profundiza otra cualidad del niño como artista natural: el niño como músico, con ideas, incluso desconocidas por mí y que enriquecen el texto desarrollado:

El niño desde pequeño involucra la música en su vida porque a todo le busca un sonido y si el sonido le agrada, lo repite, repite y repite, incluso el deja caer un objeto y al dejarlo caer produce un sonido. Para ellos es un juego y para el adulto puede considerarlo como una acción sin sentido, pero en realidad es una etapa. Suena bonito decir que el niño es un músico natural y su pulso comienza con los latidos del corazón. El niño a todo siempre le busca un sonido, un ritmo, un movimiento y el mismo va marcando su tiempo. **Como músico natural** -como vengo diciendo- bueno, también hay niños virtuosos, que nacen con ese don de músico ejecutante pero cuando digo músico natural no es un virtuoso con el violín, el arpa, con el piano. No. Sino que a todo en su vida lo involucra como un sonido, su vida es el sonido y ese sonido le da un juego. Cuando el niño habla ya dice “yo juego más que túuuu” (expresión melodiosa), él ya está utilizando sin él saberlo está usando la altura del sonido porque hace notas graves y agudas “yo juego mas que túuuu” (expresión melodiosa más aguda), entonces todo lo relaciona con la música. Al niño pequeño, les gusta son los instrumentos de percusión: las maracas, el tambor, el toc, toc, la banda rítmica. El niño siempre los toca y siempre imita al adulto, cuando la maestra canta el imita, si ella canta

grave, el cantará grave, el imita lo que su modelo hace. Por eso como maestra de música digo que siempre se debe cantar afinado, el más agudo que se pueda porque el niño tiene voces blancas, las voces blancas son las voces naturales (...) También el niño involucra el ritmo, el movimiento, el sonido cuando está comiendo el niño si tiene una cuchara le gusta golpearlo para producir sonido y así con las cosas que estén en la mesa. Cuando las mamás les dan la comida y el niño es de mal comer, le dice el aviónnnnn y aunque no es algo afinado si tiene su musicalidad o sus sonidos onomatopéyicos. Allí está la música presente. Por eso es un músico natural, quiere producir sonidos y ritmos siempre. Es importante la estimulación musical desde el vientre porque la música lo ayuda a muchas cosas, a mejorar su aprendizaje.

En la versión presentada, a la concepción explícita del niño como músico natural le acompaña una caracterización subjetiva sobre lo que este hace desde bebé al dejar caer los objetos y buscar esa sonoridad de los mismos, para su propio placer y como forma lúdica de exploración del entorno. No requiere, ser *un virtuoso*, pues el sonido de las cosas es parte de su vida y juego, mismo que aparece incluso en el pulso de los latidos del corazón, en la relación con la madre que le canta para darle alimento, en la maestra que le canta para proveer experiencias pedagógicas y como modelo del mismo acto de cantar; en fin, un niño rodeado de una musicalidad inherente a los objetos y las personas que lo producen. Sobre esto, García (1995) resalta lo siguiente:

Es en la etapa infantil donde la relación con el mundo sonoro se define y establece, cuando el niño

se encuentra enteramente receptivo, para dar entrada a los estímulos sonoros del mundo que le rodea, que gradualmente irá elaborando e integrando en su conciencia (p. 297).

La música también es una potenciadora del aprendizaje infantil -agrega la maestra- ayuda al niño a mejorar su aprendizaje. Pero además, es parte de quien es, ya que el niño tiene una capacidad musical innata, de allí la importancia de que viva la música como experiencia cotidiana y pedagógica, para que pueda expandirla y ampliar sus habilidades.

La descripción testimonial nos ha mostrado variadas posibilidades del niño como músico natural, producto de sus saberes y de sus vivencias pedagógicas, las cuales se funden en su experiencia de aprender, lo cual me hace pensar en la conexión innata que tenemos con la sonoridad o musicalidad del mundo, que hace del niño un ser dispuesto a aprehenderla como experiencia cotidiana en los entornos vividos. Cabe allí, la interrogante asumida por el MED (2015): ¿Quién es capaz de decir que nuestros niños y niñas en edad maternal y preescolar no están en disposición de percibir, crear y combinar, tanto sonidos como ritmos? (p.4).

Reflexiones

Sublimación pedagógica del niño

Sublimar, proviene del latín *sublimare* que significa elevar. En este sentido, apunto a la comprensión de la exaltación y engrandecimiento de las cualidades del niño de 0 a 6 años que hicieron padres, maestros y estudiantes, al argumentar que el niño nos provee de enseñanzas para la vida y que posee cualidades artísticas innatas, es decir, *es un maestro para el adulto y un artista natural*.

Tradicionalmente, pensamos en un niño como alguien que requiere que se le faciliten conocimientos del mundo y que recibe más de lo que otorga al proceso educativo. Sin embargo, el ser natural del niño nos puede hacer ver en él un maestro si aceptamos la perspectiva de que un maestro es una persona con virtudes valiosas que

pone en práctica con los demás y que son saberes enseñables.

Se percibe cómo el niño provoca en el adulto un movimiento hacia sí mismo para conectarse con su ser natural en un camino de autoconocimiento. El adulto tiene en contra la pérdida de la naturalidad primigenia, con la cual debe reencontrarse para lograr el verdadero diálogo con el niño, esa sintonía pedagógica entre ambos. Perdomo (2018) sugiere que el autoconocimiento “designa el determinada forma de actuar y forma de comportarse con el mundo exterior ya que cuando el ser logra hacerse cargo de sí mismo, modifica, purifica y transforma sus cualidades en ese vivir con los otros” (p. 72).

Así, el niño no solo permite autoconocerse sino aprender más. Entonces el docente pasa de ser un maestro a ser también el aprendiz del niño, el cual provee un modelo distinto de persona que ayuda a transformar las cualidades propias en la convivencia. ¡Cuán mayor enseñanza de vida, que ser mejor persona! El niño es un ser auténtico, ejemplo de bondad, alegría y de dar amor, sus actos hablan por sí solos porque no sucumbe ante la maldad, el rencor o el ensañamiento, aun cuando pueda estar en una situación conflictiva parece olvidar pronto y

retoma el cariño de siempre con los suyos, prefiere dar importancia al ser que al suceso ocurrido. En este camino, nos enseña a juzgar menos y a perdonar más. Basta ver a dos niños que hace pocos minutos pelearon y luego se reconcilian espontáneamente, o la actitud de un niño hacia alguien que consideran vulnerable: algún mendigo en la calle, un niño sin zapatos u otro.

Fromm (2007) señala que parte de nuestra autenticidad humana se relaciona con la aceptación del conflicto y la tensión y no de su evasión, así como nos enseñan los niños a través de sus actos: cualquier persona es digna de ser reconocida y perdonada. El perdón, según Díaz (2004) es:

Mostrar al otro que no le rechazamos por lo que hizo, que pese a todo confiamos en sus posibilidades de mejora. Perdonar es renunciar a tener la última palabra. Es renunciar al derecho por amor, a favor de un amor sin derechos. Es renunciar a la obsesión de la memoria ofendida (me debes, me hiciste) y del rencor pretérito a favor de un futuro liberador: comienza una nueva vida, vamos adelante” (p.67).

Las acciones naturales del niños y con las cuales manifiesta su estado amoroso, proveen además un **andamiaje emocional natural** a los adultos que le rodean. Cuando estamos en presencia de un niño es casi inevitable sonreír por sus modos, gestos, ocurrencias y

saberes, los cuales nos hacen olvidar cualquier dilema o preocupación que tengamos; estar con ellos nos enseña a disminuir las preocupaciones y enfocarnos más en el aquí y ahora. Como docente creo que su presencia es tan poderosa que no podemos sino doblegarnos ante ella, no como sumisión sino como intención de lograr la sintonía emocional con ellos.

Pero los padres y maestros necesitan prestar atención a la esencia infantil volcada hacia al mundo, la cual requiere sensibilidad para ser captada. En el caso de la escuela, esto cambia la lógica pedagógica disciplinar de que solo el maestro enseña, nos ubica tanto a niños y docentes como aprendices y maestros. El docente enseña de forma intencional a través de su didáctica de aula y sus saberes disciplinares, y de manera no intencional a través de sus actitudes y comportamientos que fungen de modelo al niño. A su vez, el niño es un maestro natural que enseña a través de su belleza ontológica, un modelo de ser auténtico y que sabe convivir con los otros.

Ante estas consideraciones, traigo a colación las palabras de Perdomo (2018) con las cuales identifica *el Ágape* de la filosofía franciscana o el pensar solo el bien del ser, “una condición de la existencia del ser (...) que asume el amor-movimiento como instancia que abre el

horizonte a la coexistencia con el mundo y los otros (...) es el ser que convive desde la alegría y la amabilidad” (p. 81). ¿No percibimos la semejanza de esta descripción con el niño?

El niño entonces, nos enseña el significado de darse con todo su ser, sin prejuicios, ni tiempo ni espacio. Él, como ser auténtico está en tiempo presente para el otro, inclinado al bien y demostrando las capacidades infinitas de amar y ser amado, así como las posibilidades de existencia que hemos perdido en el camino del ser adulto. El niño nos enseña a vivir el ahora con más pasión y entrega hacia sí mismos y hacia los demás.

En esta sublimación de su figura, emerge además una cualidad tal vez impensable en nuestra lógica adulta y pedagógica: el niño como artista natural. Miró (1983), pintor-escultor surrealista, (citado en Ivaldi, 2014) expresó “Cuánto más dueño de mi oficio me siento, cuánto más adelante en la vida, más vuelvo a mis primeras impresiones. Creo que al final de mi vida habré reencontrado todos los valores de mi infancia” (p. 23). La conexión que hace el artista con su obra y la vuelta a su propia niñez, comparte la esencia de lo expresado por las versionantes de nuestro texto, las cuales hacen énfasis en las capacidades innatas de expresión creativa del niño,

de la posibilidad de hacer arte desde su lógica infantil pues en la mayoría de sus producciones y acciones en las que pone en juego su imaginación, vuelca toda su interioridad con facilidad, alegría y emoción por crear.

Al respecto, para efectos de este texto carece de importancia la mirada hacia el arte como producto comercial. En cambio, interesa valorar pedagógicamente el ser-hacer del niño que plasma en sus dibujos, pinturas, modos de cantar y representar su mundo interior y su conexión con el mundo exterior; es la expresión artística un mediador de ambos. Vale mencionar, que es alrededor de los dos años que el niño comienza a desarrollar esa capacidad representacional del mundo de las cosas y los otros, y a medida que va creciendo y madurando sus dibujos se vuelven mucho más detallistas y expresa con mayor libertad y certeza lo que quiere representar, aspectos que se observan ya en la etapa preescolar entre los 3 y 6 años.

Concebir al niño como un artista natural, es verlo en su actitud expresiva de asombro, atrevimiento y exploración por las cosas a su alrededor. Esta actitud lo convierte también en un artista potencial o una persona con capacidades artísticas naturales con las que vive su presente y las que puede desarrollar de acuerdo a sus

intereses. Las vive en el presente porque al observarlo en el aula durante sus actividades libres, los niños suelen dibujar y colorear con mayor dedicación, danzar o mover su cuerpo según lo que sienten o están comunicando, recitan rimas inventadas al momento durante algún juego o incluso crean una canción que acompañe su acción lúdica. De allí, que tanto en el aula como en actividades culturales, vemos también como muchos niños se expresan con un arte natural, representan personajes, juegan de forma simbólica, todo con suma alegría y satisfacción por participar y expresarse.

Es posible, que esta naturalidad del niño es la que contraste con el arte del adulto el cual “tiene pleno conocimiento de las normas adoptadas por otros; su voluntad, su compulsión por rechazar las convenciones se concreta, cuando menos, con total conciencia de lo que está haciendo y en muchos casos a un considerable costo psíquico” (Gardner, 2005, p.110). Podríamos asegurar, que es la intencionalidad de expresar de forma consciente las emociones y sentimientos a través de las artes la que separa el arte adulto del arte infantil. Pero aún así, ¿se puede seguir considerando arte? Hayman (1961) expresa:

El arte descubre, eleva y refina la experiencia vital del hombre; nos hace calibrar nuestra emoción y sentirla de una manera

plena. Al examinar el mundo físico y social en que vivimos y seleccionar ciertos elementos en él, el arte nos hace captar, en un estado de sencillez ideal, las propiedades y los valores esenciales de ese mundo que en nuestra experiencia común y corriente de la vida no percibimos sino oscuramente, si es que los percibimos en alguna forma. El arte nos aclara los sentimientos; porque hasta que expresamos nuestra emoción no sabemos bien qué es lo que sentimos (p. 9).

Este señalamiento, coincide con las percepciones y expresiones aquí descritas: el niño en efecto es un artista natural y potencial, por lo tanto produce un tipo de arte: el arte infantil. De acuerdo a Gardner (2005), “los años preescolares se suelen describir como la edad de oro de la creatividad, como la época en que todo niño irradia habilidad artística” (p. 107). Es preciso insistir, que no es un arte que se equipare a la del adulto en cuanto a técnicas artísticas e intencionalidades psíquicas profundas, más bien, percibo que su arte posee las siguientes cualidades:

-Es libre, ya que crea por sí solo dibujos, tonadas, rimas, cantos, esculturas de masas y diferentes producciones como formas de autoexpresión muy particulares que no responden a los convencionalismos hasta que el adulto interviene con algún estereotipo, “la manzana es roja, no de colores”, “esa canción no es así”, “¿de dónde sacaste esas rimas? Ciertamente, la

intervención adulta es necesaria en la Educación Inicial, pero debe ser para mediar y proveer experiencias que faciliten el desarrollo del potencial artístico del niño. Cabe aclarar que según Gardner (2005) es la libertad expresiva y creativa del niño lo que coincide con el arte adulto, “en el placer de la incesante exploración y en la voluntad de no prestar atención a lo que puedan decir los demás, existe un vínculo entre cada niño y cada artista adulto talentoso” (p. 132).

La libertad, no significa en ningún caso descuido. Recordando la anécdota de la maestra con el niño Cristofer de 5 años, ella alude a la hermosura estética de la pintura que el elaboró de manera espontánea. Tampoco se trata de que siempre se deje hacer al niño cualquier producto gráfico, musical o dramático sin acompañamiento. Todo talento en el niño o capacidad debe ser potenciada, valorada y contar con la mediación del adulto significativo para que la semilla de creatividad brote y crezca en su ser como posibilidad de expansión. Aún cuando todos los niños no serán artistas adultos consagrados, el arte apunta a la excelencia personal, y nos conduce a sensibilizarnos con la estética del mundo.

-Emotivo y sensible, al utilizar los diferentes lenguajes artísticos (corporales, musicales, gráficos)

para manifestar un conjunto de emociones y sentimientos por los otros, lenguajes que muestran además cómo el niño capta la esencia de las cosas y su manera de ver el mundo. Es tan importante para el niño expresarse por ejemplo a través de un dibujo, que incluso sorprende a sus amigos o maestra con lo que él llama una sorpresa o un regalo, que normalmente es un dibujo, pintura o carta que él ha hecho con sumo esmero y cariño para demostrar cuanto ama y lo que siente por el otro. Muchas veces dibujar o cantar para alguien, es una expresión de amor genuino para el niño.

-Representativo de su mundo ingenuo, según su desarrollo cognitivo, el niño muestra a través del arte la representación progresiva de lo que lo rodea, es una muestra de su lectura del mundo y de su propio pensamiento. En este proceso según Gardner (2005), el niño va aprendiendo a utilizar símbolos diferentes como los gestos de la mano, los dibujos, la música y demás expresiones, entonces los implementa solo para expresarse, sin la intención de simbolizar y mostrar significados profundos de las cosas.

-Musicaliza su hacer-estar. Esta cualidad del niño se revela en el frecuente uso de expresiones melodiosas, énfasis tónico y cantos que hacen durante los juegos

espontáneos individuales y en su relación con los otros. Lo ejemplifica claramente la maestra al comentar una situación en la que un niño le dice a otro “*yo juego más que túuuu*” o al golpear objetos con diferentes superficies del aula para percibir su sonido.

Galera (2017) indica que lo musical es una aptitud que poseen todos los seres humanos, no se puede ser *amusical*. Pero, el niño sigue requiriendo de la estética del otro, condición que se deja entrever en este relato de Akoschky (2014):

Eleonora, de 14 meses, escucha cantar a su maestra. Deja su juego, se acerca y solicita la repetición de su canción preferida. De tanto escucharla la fue imitando de a trozos, primero los finales, luego algunos comienzos de frases y ahora parecería que la canta casi entera, de un tirón. Para llegar a este punto la ha repetido en muchas oportunidades y le ha incorporado variaciones rítmicas y melódicas. Le dio un buen trabajo aprender esa canción, pero a Eleonora le gusta además improvisar nuevas canciones. Inventando, ella contribuye con su granito de creatividad y se siente realizada (p. 89)

Es vital la disposición que muestre el adulto significativo, sea madre, padre o maestro para reproducir cantos melodiosos, alegres y agradables no en el sentido de virtuosidad, sino en la calidez y cobijo de su voz que acompañe y haga presencia frente al niño. De allí, la misma autora sostiene que “el contacto asiduo con

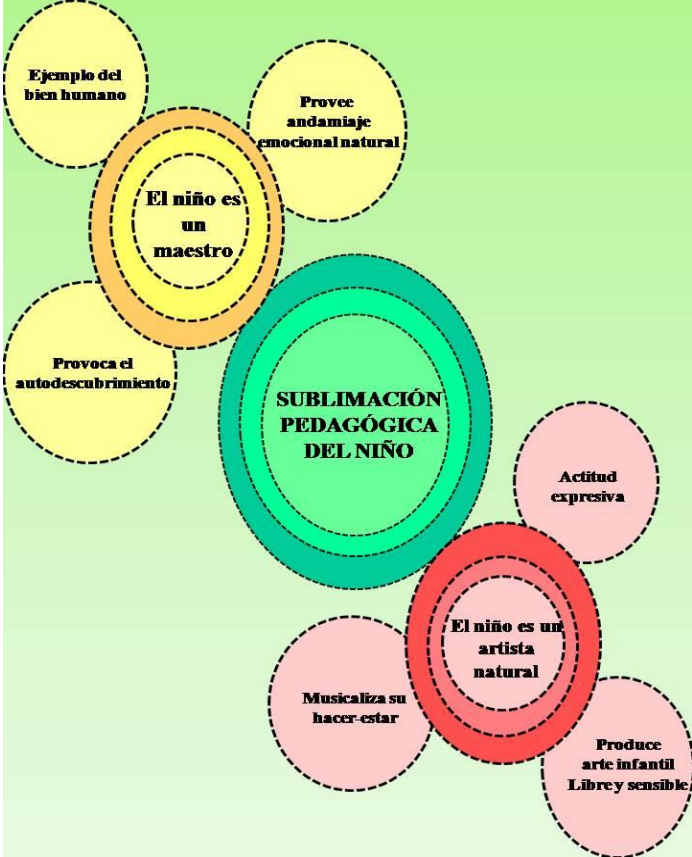
la escucha musical desarrolla esa sensibilidad inicial, susceptible de refinamiento, disponible para la selección y elección de preferencias” (p. 87).

En el aula de Educación Inicial, la música es una cualidad del niño y a la vez herramienta pedagógica que utiliza el docente para lograr un clima armónico y de bienestar emocional y espiritual con el niño. Coincido con las palabras de Mendoza (2016) quien plantea que la escucha musical y la participación en los cantos y rondas es un recurso poderoso, con especial énfasis en la canción infantil:

Ya que toca cada arista de su integralidad: en lo afectivo para conectarlo con las emociones, con el amor, con su humanidad; en lo social para encontrarse a sí mismo como ser único y como parte de un todo, en lo cognitivo para conocer y comprender su mundo y su papel en él y en lo espiritual para elevarlo a su máxima expresión (p. 156).

El niño tendrá entonces la oportunidad de seguir potenciando su musicalidad inherente a través de ese repertorio que construya la maestra para el grupo y del cual cada uno se apropia de manera diferenciada y por consiguiente piden la maestra repita una y otra vez. Se han convertido en recursos de la sintonía pedagógica existente entre ellos. Por ello, dicho repertorio quedará grabado en su interior, tal y como las canciones de cuna,

de arrullo y de crianza que han quedado como impronta en nuestro ser desde las experiencias familiares más íntimas e importantes de nuestra vida.



Aproximación gráfica de la sublimación pedagógica del niño

Referencias

- Adler, A. (2004). *El sentido de la vida*. Barcelona: Luis Miracle.
- Akoscky, J. (2014). El lenguaje musical en la primera infancia. En: P. Sarlé, E. Ivaldi, L. Hernández (coords). *Arte, educación y primera infancia: sentidos y experiencias*. [Libro en Línea], Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Disponible: <https://www.oei.es/historico/publicaciones/LibroMetasInfantil.pdf>.
- Barraca, J. (2004, Noviembre). La inagotable belleza de cada persona. Comunicación presentada en las I Jornadas de la AEP: "Itinerarios del personalismo" de la UCM, España. Disponible: <http://www.personalismo.org/barraca-j-la-inagotable-belleza-de-cada-persona/>
- Beltrán, D., García, C., Manzano, L. y Murillo, F. (2015). La espiritualidad, dimensión constitutiva del desarrollo humano. Trabajo de maestría, Universidad de La Salle, Colombia. Disponible: <http://repository.lasalle.edu.co/handle/10185/3918>
- Casas, F. (2006). *Infancia y Representaciones Sociales*. Revista Política y Sociedad. [Revista en línea]. Disponible: <http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0606130027A>.
- Chacón, F. La dimensión espiritual del ser humano como elemento del modelo de psicoterapia integrativa focalizada en la personalidad. Trabajo de grado de la maestría no publicado. Universidad de Azuay, Cuenca, Ecuador.
- Chimpén, C. Oviedo, M. (2012). Influencia de la espiritualidad en los estilos de afrontamiento de pacientes con bulimia y anorexia nerviosa. *Prismasocial*, (8) 358-379. [Artículo en línea]. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4004306>.
- Díaz, C. (2004). *Pedagogía de la Ética Social. Para una formación en valores*. México: Trillas.
- Dinello, R. (2004). Ludotecas ludocreativas. Colombia: Magisterio.
- Frankl, V. (1949). *El Hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.

- Froebel, F.(2003). La Educación del Hombre. Biblioteca Virtual Universal. [Libro en línea]. Disponible: www.biblioteca.org.ar/libros/88736.pdf
- Fromm, E. (2007). La vida auténtica. Barcelona: Paidós.
- Fromm, E. (2014). El arte de amar. España: Paidós.
- Fulleda, P. (2003). Lúdica por el desarrollo humano. [Documento en Línea], III Simposio Nacional de Vivencias y Gestión en Recreación, Vicepresidencia de la República, Coldeportes / FUNLIBRE, Julio 31 a Agosto 2 de 2003. Bogotá, Colombia. Disponible: <http://www.redcreacion.org/documentos/simposio3vg/PFfulleda.html>.
- Galera, M. (2017). De la aptitud musical al concepto de *audiation* y al desarrollo de la teoría del aprendizaje musical de los niños pequeños de E. Gordon.
- Gardner, H. (2005). Arte, Mente y *Cerebro*. Argentina: Paidós.
- Grotberg (1995). Una guía para promover la resiliencia en los niños: Fortaleciendo el espíritu humano. La Haya: Fundación Bernard Van Leer.
- Hayman, D. (1961). *El Arte como elemento de vida*. El Correo UNESCO, 14(7-8), 5-23. Disponible en: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000064092_spa.
- Heidegger, M. (1997). *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Herrera, S. (2017). *Aportes de la fenomenología para una comprensión de la infancia: una lectura de la experiencia de filosofar con niños y niñas*. Trabajo de grado no publicada, Universidad de Chile.
- Ivaldi, E. (2014). Educación, Arte y Creatividad en las infancias del siglo XXI. En: P. Sarlé, E. Ivaldi, L: Hernández (coords). *Arte, educación y primera infancia: sentidos y experiencias*. [Libro en Línea], Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Disponible: <https://www.oei.es/historico/publicaciones/LibroMetasInfantil.pdf>.
- Juan Pablo II. (1999). Carta del Papa a los artistas. Ciudad del Vaticano. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii_let_23041999_artists.html.
- Jung, C. (1991). *Conflictos del alma infantil*. Barcelona: Paidós.

- Kohan, W. (2009). *Infancia y filosofía*. México: Progreso.
- L'ecuyer, C. (2014). *La Educación en el asombro: un enfoque nuevo (o no tan nuevo) en el Aprendizaje*. Revista Frontiers in Human Neuroscience. Disponible: http://www.alcagi.org/La_educacion_en_el_asombro_CL_Ecuyer.pdf
- López, M. (2006). *Una Filosofía Humanista de la Educación*. México: Trillas.
- Lonergan, B. (1999). *Insigth: Estudio sobre la comprensión humana*. México: Sígueme.
- Mendoza, Y. (2016). *Visión socioconstruccionista de docentes y estudiantes acerca de la canción infantil en la práctica profesional para la formación de profesores en educación inicial*. Tesis doctoral no publicada, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Barquisimeto "Luis Beltrán Prieto Figueroa". Venezuela.
- Montessori, M. (1982). *El Niño. El secreto de la infancia*. México: Diana.
- Pargament, K. (1997). *The Psychology of Religion and Coping: Theory, Research, Practice*. New York: Guilford Press.
- Perdomo, Y. (2018). *Ser en Convivencia con otros. Homoneidad Alteri Preeminente de Ser en Otro*. Venezuela: FONDEIN UPEL.
- Quiroga, M. (2013). El Innatismo Moral, un nuevo Paradigma de Desarrollo Moral, aportaciones desde la Cognición y la Neurociencia [Artículo en línea]. *Acción Psicológica*, 10(2), 191-209. Disponible: <http://dx.doi.org/10.5944/ap.10.2.12220>.
- Rousseau, J. (2000). *Emilio o la Educación* (R. Viñas trad.) Argentina: El Aleph. <https://www.educ.ar/recursos/70109/emilio-o-de-la-educacion-de-jean-jacques-rousseau> (Original publicado en 1762).
- Shapiro, L. (1997). *La Inteligencia Emocional de los niños*. México: Vergara Editor.



La autora

Formación académica: Profesora en la Especialidad de Educación Preescolar (UPEL-IPB), Magister en Educación Mención Educación Inicial (UPEL-IPB), Doctora en Ciencias de la del Programa Interinstitucional de Doctorado en Educación PIDE UPEL-UCLA-UNEXPO.

Experiencia profesional: Docente de aula de maternal, preescolar y primer grado (2000-2011). Docente universitaria en la UPEL-IPB en pregrado y postgrado (2011-actualidad).

Experiencia como investigadora: Investigadora y autora de libros y artículos científicos en el área educativa. Creadora de contenido educativo.

Experiencia personal: Persona íntegra y feliz, maravillada madre y aprendiz permanente de la vida.

<https://www.facebook.com/francis.gonzalez.313>
<https://www.linkedin.com/in/francis-carolina-gonzalez-perez-3259229>



**PUBLICACIÓN FINANCIADA Y EDITADA POR:
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL
LIBERTADOR INSTITUTO PEDAGÓGICO DE
BARQUISIMETO "LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA"
DIRECCIÓN DEL INSTITUTO
UNIDAD DE PUBLICACIONES**

ISBN: 978-980-7464-30-7



9 789807 464307